

dolid, de modo que cuando el rey de regreso del cerco de Escalona (villa del señorío de don Juan Manuel) se dirigió á Valladolid, cerráronle los vecinos las puertas. Combatióla el rey, incendiando el monasterio de las Huelgas donde yacía su abuela doña María de Molina, cuyo cuerpo hizo trasladar á otra parte, y no logró la entrada en la ciudad sino á condicion de sacrificar al nuevo conde de Trastámara Alvar Nuñez, despidiéndole de palacio y despojándole de sus dignidades. El caido favorito trató de ligarse con don Juan Manuel, el rey le mandó devolver á la corona las ciudades que tenia en feudo, negóse á ello Alvar Nuñez, el monarca envió á él un caballero de su confianza llamado Ramiro Florez, que fingiéndose su amigo le asesinó alevemente, y se apoderó Alfonso de las fortalezas y tesoros del conde. De esta manera hacia justicia el rey Alfonso XI. que lleva el sobrenombre de *Justiciero* (4).

En medió de estas turbulencias se efectuaron en Ciudad Rodrigo y en Fuente Aguineldo las bodas de don Alfonso de Castilla con doña María de Portugal, y del príncipe portugués don Pedro con doña Blanca de Castilla (1328), pactándose alianza y amistad en-

(4) Cron., cap. 65 á 79.—El judío Yuzaf de Ecija, su almorife ó tesorero, de quien los pueblos se quejaban también, fué igualmente decapitado de orden del monarca. Alfonso hacia condes y prodigaba mercedes, pero cortaba despues la cabeza á los favo-

recidos. Algunos castigos eran acaso bien merecidos, como los que hizo en Córdoba y en Soria (Crónica, cap. 65 y 83), pero todos iban acompañados de cierta crueldad y sangre fría, admirables en un príncipe tan jóven.

tre los monarcas de ambos reinos. El de Castilla solicitó del papa Juan XXII. (segundo de los que residieron en Aviñon) la dispensa del parentesco inmediato con su nueva esposa, y el pontífice le otorgó sin dificultad. Faltábales al portugués y al castellano apartar al de Aragon de la alianza con don Juan Manuel: lograron este objeto proponiendo á Alfonso IV. de Aragon el casamiento con la infanta doña Leonor, hermana del de Castilla, proposicion que aceptó el aragonés, verificándose el enlace en Tarazona (1329) con asistencia de brillante cortejo de ambas córtes y con la solemnidad que hablando de aquel reinado dejamos en el capítulo precedente referido. No se hicieron estas bodas sin que intercediera el de Aragon en favor de don Juan Manuel, á quien no solamente devolvió el castellano su hija Constanza, prisionera en Toro, y por tres años reina nominal de Castilla, sino también sus señoríos, con una gran suma de dinero, para que le sirviese por la parte de Murcia en la guerra que proyectaba contra los moros. La avenencia á que con este motivo accedió don Juan Manuel fué como impuesta y aceptada por la necesidad: el infante tomó los dineros, pero dejó tranquilos por su parte á los moros, y no renunció á la amistad con el de Granada (4).

(4) Notemos una coincidencia bien singular. Esta princesa doña Leonor de Castilla habia estado casada con el infante don Jaime de Aragon, heredero de aquel trono y hermano mayor de Alfon-



Arreglados estos enlaces, pensó Alfonso de Castilla en llevar otra vez la guerra al reino granadino. Vióse con su suegro el de Portugal, que le auxilió con quinientos ginetes, y dirigióse á Córdoba, punto de reunion para el ejército. Algunos encuentros felices con los musulmanes, y la conquista de Teva fueron el resultado de esta campaña, aunque el principal y mas importante fué que causado de guerra el emir acabó por reconocerse tributario y vasallo del de Castilla. Con esto y con haber el infante don Alfonso de la Cerda hecho renuncia de sus derechos al trono castellano á cambio de algunos ricos dominios, iba quedando Alfonso XI. libre de muchos de los elementos de turbacion que habian agitado el reino durante su menoría.

Mas precisamente á este tiempo fué cuando prendió en Alfonso de Castilla el fuego de aquella célebre pasion amorosa, que vino á ser fecundo manantial é inagotable fuente de disturbios y calamidades para el reino. Habia en Sevilla una noble dama, notable por su hermosura, «*muy fija-dalgo*, dice la Crónica, *et en fermosura la mas apuesta muger que avia en el regno.*» Vióla Alfonso y quedó prendado de ella, y desde

so IV. Aquel infante entró en religion sin consumar el matrimonio, y la princesa volvió virgen á Castilla: ahora va á ser reina de Aragon como esposa del hermano de su primer marido; mientras doña Constanza Manuel, reina de Castilla, era al propio tiempo devuelta virgen á su padre, para casar mas adelante (en 1340) con el infante don Pedro de Portugal, hermano de la segunda esposa de su primer marido, y ser despues reina de Portugal. Estraña suerte la de estas dos princesas, casadas y virgenes, para ser otra vez casadas y reinas dentro de las familias de sus primeros esposos.

aquel momento el rey se convirtió en vasallo de su dama (1330). Llamábase esta doña Leonor de Guzman, hija de don Pedro Nuñez de Guzman y de doña Beatriz Ponce de Leon, y aunque viuda de don Juan de Velasco, contaba solo diez y nueve años, dos mas que el rey. Impacientaba por otra parte al jóven monarca, y tenía, como dice la crónica, por muy menguado de que la reina en dos años de matrimonio no le hubiera dado todavía sucesion, y todo contribuyó á encenderle en deseos de conquistar el corazon de la bella sevillana. Necesitábase mucha virtud para resistir á los porfiados galanteos de un rey jóven y ardientemente enamorado, y no tuvo tanta doña Leonor; y como la linda viuda no carecia de entendimiento, esmerábase con arte y estudio en complacer á su real amante, previniendo sus deseos y fascinándole en términos que pronto no tuvo el rey voluntad propia ni hacia mas sino aquello que era del gusto y agrado de su dama. Fué el primer fruto de estas amorosas relaciones un hijo que nació en Valladolid en 1331, á quien se puso por nombre Pedro, y á quien el rey señaló al punto estados y vasallos, y fué conocido por el apellido de Aguilar, de una de las villas que le asignó; dióle tambien por mayordomo uno de sus mas favorecidos caballeros llamado don Alfonso Fernandez Coronel. No solo causó alegría al rey este suceso, sino que muchos cortesanos aduladores, que nunca y en ningun tiempo han faltado á los



monarcas, le felicitaron y mostraron con públicos regocijos gran satisfaccion y contentamiento. El infante don Juan Manuel hizo mas, que fué instigar á doña Leonor á que moviese al rey á casarse con ella, repudiando á la reina legítima por infecunda, pero la Guzman rechazó con su buen talento la proposicion, no dejándose deslumbrar con la risueña perspectiva de un trono, y penetrando bien las complicaciones y disgustos que tal resolucion produciria.

Dió ademas la casualidad feliz de saberse al propio tiempo que la reina doña María se hallaba con síntomas de ser tambien madre. Entonces deliberó el rey coronarse solemnemente y armarse caballero, costumbre que habia caido en desuso en Castilla. Al efecto pasó á Santiago de Galicia, donde ante el altar del Santo Apóstol veló toda una noche sus armas, y bendicidas que fueron por el arzobispo, él mismo se ajustó el *yelmo, gambax, loriga, quijotes, carrilleras, zapatos de fierro y espada*, é hizo que el prelado le diera la *acolada ó pescozada* de ordenanza <sup>(1)</sup>. Pasó despues á coronarse á Burgos, donde concurrieron los prelados, ricos-omes é hijos-dalgo de las ciudades y villas, todos menos don Juan Manuel y don Juan Nuñez de Lara. Habia el rey preparado ricos paños de oro, seda, escarlata y pedrerías, con muchas espadas de oro, plata y cintas. Para ir á la ceremonia, que se

(1) Cron., cap. 102.

efectuó en la Iglesia de las Huelgas, montó en un caballo soberbiamente enjaezado, con bridas de hilo de oro y plata, delicadamente tejido: púsole una espuela el infante don Alfonso de la Cerda, y la otra don Pedro Fernandez de Castro. Seguiale la reina doña María, preciosamente vestida, con gran cortejo de damas y de prelados. Verificóse la ceremonia con la mayor pompa y magnificencia, y el rey primero y la reina despues se pusieron una corona de oro esmaltada con muchas piedras preciosas. Al otro dia fueron armados caballeros muchos principales personajes, á quienes el rey quiso particularmente honrar; todo en medio de alegres fiestas y regocijos.

Al año siguiente, en efecto, dió á luz la reina en Valladolid un infante, que recibió el nombre de Fernando, á quien se dió por mayordomo á don Juan Alfonso de Alburquerque (1332). El pueblo celebró con gran júbilo el nacimiento de un heredero legítimo del trono. Pero esta alegría no duró mucho tiempo. El niño Fernando pasó como un resplandor fugaz, y en setiembre de 1333 ya no existia. Por fortuna la reina logró al año inmediato resarcir aquella sensible falta con la prenda de otro hijo, que nació en Burgos (30 de agosto, 1334), y se llamó Pedro. La providencia le destinaba á suceder á su padre: es el que mas adelante veremos reinar con el dictado de *El Cruel*. Mas si la reina andaba como perezosa y tardía en dar herederos legítimos al reino, en cambio la favorita do-



ña Leonor iba dando repetidas pruebas de una fecundidad prodigiosa. El 1332 tuvo el segundo hijo llamado Sancho, á quien dió el rey el señorío de Ledesma y Bejar, y por mayordomo á Garcilaso de la Vega, el hijo del asesinado en Soria. Y ya antes que la reina doña María diera á luz al infante don Pedro, habia la Guzman enviado al mundo en Sevilla otros dos gemelos nombrados don Enrique y don Fadrique. La reina no tuvo ya mas sucesion; los hijos de la favorita aumentaban casi anualmente con una regularidad admirable. La pasion del rey parecia crecer al mismo compás; la reina sufría desaires; dueña la Guzman del corazon del monarca, á ella miraban como á su norte todos los que deseaban acertar en el rumbo de sus negocios: la reina se quedaba sin servidores: solo le permaneció heróicamente fiel el ilustre portugués don Juan Alfonso, que fué obispo de Astorga: los cortesanos se agrupaban servilmente en derredor de la favorita.

Veamos cómo marchaban en tanto los negocios públicos. La guerra de Granada se renovaba de tiempo en tiempo con varios y parciales resultados. El rey Mohammed IV. habia quitado por sorpresa á los cristianos la plaza de Gibraltar que tenian mal guardada, si no por traicion, por descuido al menos y por cobardía del gobernador Vasco Perez de Meyra, y recordado á Marbella, Ronda y Algeciras, que poco antes le habian tomado los africanos merinitas. Mas el nue-

vo rey de Fez y de Marruecos Abul Hassan <sup>(1)</sup> pasó con sus africanos el estrecho y se apoderó de Gebaltaric (dice el escritor arábigo) como de cosa que le pertenecia. Mucho sintió el granadino aquella pérdida, mas no se atrevió á romper con príncipe tan poderoso y guerrero, cuya fama era grande asi en Africa como en Andalucía, y escribióle sus cartas aparentando cederle de grado lo que habia ocupado por fuerza: asi quedaron aliados, si no amigos. Los cristianos, continúa el historiador árabe, fueron con gran poder sobre la fortaleza de Gebaltaric (Gibraltar), porque conocian su importancia como llave que era de Andalucía, y aunque los caudillos de Abul Hassan defendian bien la plaza, fuéronsele apurando las provisiones, sin quedarles esperanza de socorro por la parte de Africa, porque los cristianos tenian cercada la fortaleza por mar y tierra, y sus galeras cruzaban sin cesar el estrecho y no dejaban llegar vituallas. Sabiendo Mohammed el granadino el apuro de los cercados en Gibraltar, allegó sus caballeros y marchó á darles auxilio. Entre Algeciras y Gibraltar peleó victoriosamente con los cristianos, y los venció y obligó á levantar el cerco. Pero haciendo, como jóven, imprudente alarde de su triunfo, diciendo á los caudillos de Africa que los cristianos, como buenos caballeros que eran, no habian querido pelear con ellos, porque todos los andaluces tenian á mengua guerrear con afri-

(1) El que los nuestros nombran Alboacen.



canos, gente hambrienta y mezquina, irritaron de tal manera estas picantes gracias á los de Africa, que desde entonces concibieron el pensamiento aleve de asesinarle. Asi lo hicieron á la primera ocasion que se les deparó; espiaronle los pasos y le cogieron subiendo á un monte por una áspera angostura, y allí le acometieron y pasaron á lanzadas, donde ni él podia revolver su caballo ni sus guardias defenderle. El cuerpo de Mohammed estuvo abandonado y desnudo en el monte, hecho el escarnio de los soldados de Africa, á quienes acababa de salvar. «¡Cuán ingrata y desconocida es la barbarie!» esclama aquí el escritor arábigo. Grandemente llorada fué por los granadinos la infausta nueva de su muerte. Los wazires y jeques proclamaron rey á su hermano Yussuf Abul Haggiag, mancebo de hermoso cuerpo, de trato dulce, erudito, buen poeta y docto en diferentes ciencias y facultades, pero mas dado á la paz que al ejercicio de las armas. Asi no tardó en enviar cartas y mensajes á Sevilla para negociar paces con los cristianos (1333), y se ajustó una tregua de cuatro años con el rey don Alfonso con buenas condiciones (1).

(1) Conde, part. IV., cap. 20. —Cron. de don Alfonso, cap. 114 á 130.—Hé aqui como refiere la crónica haberse celebrado esta tregua: «El rey de Granada veno á alli al real de los christianos verse con el rey de Castiella... et él comió con el rey de Castiella á dos á una mesa. Et estando y (alli) muchas gentes de christianos et de moros, á mos estos reyes estidieron muy grand pieza en uno. Et despues que ovieron comido, el rey de Granada, dió al rey de Castiella sus joyas las mas nobles quel ayia pódido ver, señaladamente una espada guarnida la vayna, toda

En las cosas del gobierno interior del reino desplegaba Alfonso una energía y una severidad, que hubieran sido muy provechosas y muy loables, atendido el desorden de los años pasados, si en los castigos no hubiera empleado muchas veces reprobados medios y usado de una crueldad repugnante. Pudiera alabarsele de que se mostrara inexorable con los malhechores y perturbadores, de los cuales fueron muchísimos ajusticiados, sin que ni uno solo hallara clemencia ante el rey, por mas que espontáneamente se presentara á implorarla. Pero vésele al propio tiempo emplear, no ya la dureza y el rigor, sino á veces la violencia, á veces hasta la traicion y alevosía en los tratos y guerras con sus vasallos rebeldes, de que habia dado ya ejemplos con don Juan el Tuerto y con Alvar Nuñez de Osorio. Eran los principales que se mantenian en rebelion el infante don Juan Manuel,

» cubierta de chapas de oro; et  
 » avia en esta vayna muchas pie-  
 » dras de esmeraldas, et de rubies,  
 » et de zafies, et pieza de aljofar  
 » grueso: et otrosi dióle un baci-  
 » nete muy bien guarnido de oro,  
 » et en derredor del aro avia muy  
 » muchas piedras: et señaladamen-  
 » te avia dos piedras rubies, que  
 » eran tamañas como castañas...  
 » Et otrosi dióle muchos paños de  
 » oro et de seda de los que labra-  
 » ban en Granada, et otras joyas  
 » muchas de las que él traía. Et  
 » otrosi el rey partió con él de sus  
 » donas de las que allitenia; et fir-  
 » maron las posturas et las paces  
 » segund que era tractado (redu-  
 » ciáanse éstas á que el de Granada  
 » pagára al de Castiella párias anua-  
 » les como antes). Et ese dia el rey  
 » de Granada fuese para su real.  
 » Et otro dia partió dende, et fué  
 » posar cerca del río de Guadiaro.  
 » Et el infante Abomelique (Abdel  
 » Melik), que se llamaba rey, fuese  
 » para Algecira. Et el rey don Al-  
 » fonso mandó poner sus engeños  
 » en la mar, porque los llevasen á  
 » Tarifa, et descercó la villa, et fué  
 » posar al Puerto llano, et fíncó  
 » y (alli) aquel dia todo...» Capí-  
 » tulo 129.—Segun las crónicas cris-  
 » tianas quien vino de Africa á to-  
 » mar á Gibraltar no fué el mismo  
 » rey de Marruecos, sino su hijo  
 » Abdel Melik, el que ellas nombran  
 » Abomelique, y que en union con  
 » el de Granada estableció la tregua  
 » con Alfonso.



don Juan Nuñez de Lara y don Juan Alfonso de Haro, á quienes no habia podido ni hacer que le ayudáran en la guerra contra los moros, ni atraer á su obediencia y servicio, antes continuaban estragándole la tierra en Leon y Castilla (1). Hallándose el rey en Ciudad Real le llegó un mensagero de don Juan Nuñez para decirle que se despedía de él y se desnaturalizaba de sus reinos. Alfonso después de haberle contestado que debería haberlo hecho antes de causar tantos daños, y que por lo mismo no podia menos de considerarle como traidor, mandó que al mensagero, por cómplice en aquellos delitos, le fueran cortadas la cabeza, los pies y las manos. Y como llegasen á tal tiempo con igual mision otros enviados de don Juan Manuel, huyeron precipitadamente temerosos de sufrir la misma suerte. Como mas adelante le fuesen entregadas unas cartas de don Juan Alfonso á don Juan Manuel y al de Lara, que le fueron interceptadas, y en que les decia que no se aviniesen con el rey, sino que le corriesen la tierra, y que no seria él quien menos lo hiciese; sabedor don Alfonso de que don Juan de Haro se hallaba en la Rioja, partió de Burgos con toda presteza, y sitiándole en el lugar de Agoncillo, no teniendo aquel tiempo de huir se vió forzado á presentarse al rey; dióle éste en rostro con

(1) Quien desee saber los pormenores de estas largas contiendas civiles puede verlos en la Crónica de don Alfonso el Onceno, donde los hallará referidos con minuciosa, pero con fatigable prolijidad.

sus cartas y su delito, y en el acto le hizo matar á lanzadas. El señorío de los Cameros que Juan de Haro tenia dejósele como por elemencia á su hermano Alvar Diaz bajo ciertas fianzas, si bien el rey con diversos pretextos tomó para si varias de sus tierras y castillos. Asi hacia justicia Alfonso el Justiciero.

Interesábase destruir al de Lara y en ello formaba el mayor empeño, tanto que mas de una vez hubiera caido ya en su poder don Juan Nuñez si no se hubiera acogido y fortificado en su villa de Lerma. Perteneziale el señorío de Vizcaya, por su muger hija de doña María Diaz. Aunque esta señora habia sido antes obligada por Garcilaso á enagenar al rey aquel dominio, el derecho subsistia, y era interés de Alfonso unir la soberanía de hecho á la soberanía nominal. Dejando, pues, á don Juan de Lara cercado en Lerma, pasó á Vizcaya, y en poco tiempo sometió el pais, á escepcion de cinco castillos que se mantuvieron por doña María. En consecuencia de esto, y viendo el de Lara el fin desastroso que habia tenido don Juan Alfonso de Haro, su compañero de rebelion, determinó pedir acomodamiento y venir á merced del rey poniendo por mediador á don Martin Fernandez Portocarrero. Hízose la avenencia cediendo el de Lara el derecho que presumia tener á la Vizcaya y á los castillos que aun retenía en ella, y dando rehenes para lo futuro. Antes de esto se habia puesto espontáneamente bajo su proteccion y tutela la provincia de Ala-



va, que hasta entonces unas veces tomaba por señor á un hijo del rey, otras al de Vizcaya, otras al de Lara ó al de los Cameros. En la junta de Arriaga hidalgos y labradores reconocieron el señorío del rey, el cual á instancia suya les concedió que se gobernasen por el fuero de Calahorra <sup>(1)</sup>.

Faltábale someter á don Juan Manuel <sup>(2)</sup>, de cuyos castillos aun salian cuadrillas de salteadores á robar los pueblos del señorío real. Mandó el monarca á don Lope Gil de Ahumada le entregase una fortaleza perteneciente á don Lope Diaz de Rojas, partidario de don Juan Manuel. Pero el alcaide Gil, en vez de entregar el castillo, hizo disparar flechas y piedras al rey y al estandarte real. Combatida por el rey la fortaleza con máquinas é ingenios, y no pudiendo resistir mas don Lope, se dió á capitulacion consintiendo en entregar el castillo salva su vida y las de sus defensores. Firmada la capitulacion salió don Lope Gil con sus hombres llenos todos de confianza, mas el rey los hizo arrestar, y llevados á una especie de consejo de guerra que improvisó bajo su tienda fueron breve y

(1) En esta expedicion, hallándose el rey don Alfonso en Vitoria instituyó la orden de los *Caballeros de la banda*, así llamada de una banda negra, ancha como la mano, que sobre los vestidos de paño blanco se ponian cruzada desde el hombro izquierdo hasta la falda, y era el blason de aquella caballería y signo de honra y de nobleza. Era un premio de honor

para estimular á los caballeros á acometer empresas grandes y nobles en servicio del rey y del reino. El rey ordenó un estatuto, que los caballeros juraban guardar cuando recibian la banda.— Crónica, cap. 100.

(2) «Al caduco y loco don Juan Manuel,» dice el dean Ortiz en su Compendio cronológico, libr. X., cap. 42.

sumariamente sentenciados á pena capital y ejecutados á presencia del soberano. «Otra vez, dice un juicioso escritor español, atropelló aqui el rey su palabra y juramento, mostrándose tirano y sin palabra, y así abria el camino para que su hijo don Pedro le siguiese.» Otro tanto hizo algun tiempo mas adelante con el alcaide del castillo de Iscar que tenia por don Juan, Martinez de Leyva, despues de haber el rey sorprendido á éste, cogídole por los cabellos y arrastrándole un buen trecho para que declarase de orden de quién le habia cerrado el alcaide las puertas del castillo. Con tales actos de ruda severidad, algunas veces justos, ilegales muchas, intimidaba don Alfonso é imponia respeto á los rebeldes.

Pero el infante don Juan Manuel habia crecido en este tiempo en poder y en consideracion. En una entrevista que tuvo con el rey de Aragon su deudo y aliado en Castelfabib, se trató entre ellos grande amistad y confederacion, se pactó el matrimonio de una hija de don Juan con don Fernando hijo del monarca aragonés, y éste confirió al infante castellano para sí y sus sucesores el título de príncipe de Villena, comprometiéndose á ampararle en su estado y á procurar reducirle á la gracia y obediencia del rey de Castilla como don Juan Manuel deseaba ya, aterrado con el ejemplo del de Haro y del de Lara <sup>(1)</sup>. Envió, en efecto,

(1) Zurita inserta la copia del reconocimiento que por esto le hizo el infante, fecho en Castelfabib, á 7 de marzo de la era 1372.— Anal. de Aragon, libro VII., capítulo 21.



el aragonés al castellano con este fin al obispo de Burgos, canciller mayor de la reina de Aragon, y á esto sin duda se debió la paz que se ajustó entre Alfonso XI y don Juan Manuel, si bien este no llegó entonces á verse con el rey. Intimáronse tambien las relaciones de don Juan Manuel con Alfonso IV de Portugal <sup>(1)</sup>, por el matrimonio que á esta sazón se pactó entre doña Constanza, la hija de don Juan Manuel, reina de Castilla algun tiempo, y el príncipe heredero de Portugal don Pedro, que aunque desposado con doña Blanca de Castilla, vino á quedar libre por el estado de parálisis y de demencia á que esta habia venido y que la inhabilitaba para el matrimonio. Sin embargo, las bodas con doña Constanza no se efectuaron hasta 1340.

A la muerte del rey de Aragon, ocurrida en 1335, apresuróse don Juan Manuel á renovar su alianza con el nuevo monarca aragonés don Pedro IV, el cual le confirmó el título de Príncipe de Villena. Mas temiendo que el de Castilla quisiera despojarle de sus estados, parecióle ser de necesidad hacer con él un acomodamiento mas formal y sobre bases mas sólidas que el precedente. Efectuóse este en Madrid por mediacion de doña Juana, madre de don Juan Nuñez, reconociendo don Juan Manuel la soberanía de Alfon-

(1) Dos Alfonsos cuartos reinaban simultáneamente, el uno en Portugal, el otro en Aragon, y tres

Pedros eran los herederos de los tronos de Portugal, Aragon y Castilla.

so sobre su villa y castillo de Escalona, sobre la ciudad y castillo de Cartagena, y sobre uno de los castillos de Peñafiel, de modo que si faltase al servicio del monarca pasarian á ser propiedad de éste, no solo aquellos castillos, sino además otros tres que podria elegir de entre los del señorío de don Juan Manuel con facultad de demolerlos y arrasarlos. Esta vez llevó el infante su condescendencia y sumision hasta ir á besar la mano al rey que se hallaba en Cuenca, acompañando al sometido infante la reina viuda de Aragon, doña Juana de Lara, don Juan Nuñez y su esposa, los cuales todos y cada uno de por sí salieron fiadores de la buena fé de los contratantes. Fué, pues, don Juan Manuel el único de los tres rebeldes á Alfonso XI, que salió bien librado. La concordia, no obstante, á pesar de todas aquellas fianzas habia de durar bien poco.

Seguian con general escándalo las intimidades del rey de Castilla con doña Leonor de Guzman, la cual á favor de sus amores adulterinos y del aseendiente que ejercia sobre el obcecado monarca tenia desairada y vergonzosamente postergada á la reina legítima. No podia el rey de Portugal ver con fria indiferencia la humillante y desdolorosa situacion de su hija, asi como don Pedro de Aragon tenia presentes los disgustos que siendo infante le habia causado su madrastra, fiada en la proteccion de su hermano Alfonso de Castilla <sup>(1)</sup>.

(1) Recuerdese lo que sobre esto referimos en nuestro cap. 40.



Con tales disposiciones atrevióse el de Portugal á intimar á Alfonso XI de Castilla, cuando tenia cercado á don Juan Nuñez de Lara en Lerma, que levantase el cerco y le dejara libre, pues de otro modo no podría menos de ayudar á don Juan Nuñez como á vasallo suyo. La respuesta del castellano fué mas altiva que conciliadora, y el portugués le declaró la guerra penetrando repentina y bruscamente sus tropas hasta Badajoz. A su vez el de Castilla hizo que los suyos invadiesen el Portugal por Yelves, y comenzó una guerra entre portugueses y castellanos, en cuyas vicisitudes y alternativas no nos detendremos. Fué no obstante, digno de memoria el triunfo naval que el almirante de Castilla don Alfonso Jofre Tenorio ganó sobre la armada portuguesa, apresando muchas de sus naves, echando á pique otras, y haciendo prisioneros al almirante portugués Manuel Pezano y á su hijo Carlos, con lo cual volvió Jofre á San Lúcar de Barrameda, y entrando en el Guadalquivir con su flota victoriosa pasó á Sevilla á ofrecer al rey sus gloriosos trofeos. La guerra duró con sucesos varios desde 1336 hasta 1338.

Viendo el papa Benito XII con dolor los estragos de esta lucha lamentable entre dos príncipes cristianos, obrando como buen apóstol y como buen pontífice, envió á España en calidad de legado al obispo de Rhodéz <sup>(1)</sup>, para que en union del arzobispo de

(1) No al gran maestro de Rodas, como dice Mariana.

Rheims que se hallaba á la sazón en Sevilla trabajasen en su nombre para reconciliar los dos monarcas. Las gestiones reiteradas de los dos prelados franceses, si bien en el principio pareció que iban á estrellarse contra la obstinacion de los soberanos, ninguno de los cuales se mostraba dispuesto á ceder, dieron al fin un resultado favorable, aunque no tan completo como hubiera sido de desear. Incansables en el cumplimiento de su mision los dos ilustres agentes del pontífice, y á fuerza de hablar é instar á uno y á otro monarca, lograron por lo menos reducirlos á pactar una tregua de diez y ocho meses, que firmó en Mérida Alfonso de Castilla, y ratificó despues Alfonso de Portugal.

Mas de pronto se ve desaparecer las excisiones y discordias entre unos y otros monarcas, y los que aun despues de la tregua se miraban todavía ó con enemiga ó con recelo; se convierten en sinceros amigos y aliados. ¿Qué es lo que ha producido tan inesperada y súbita mudanza? La voz del comun peligro ha sido mas elocuente, eficaz y persuasiva para ellos, que la voz amistosa y conciliadora de los delegados del gefe de la Iglesia. Es que desde la primavera de 1339 ha alarmado toda la España cristiana el rumor de los inmensos armamentos que hacía el rey de Marruecos y de Fez Abul Hassan para invadir la península con el orgulloso designio de atarla otra vez al yugo africano. Temíase una irrupcion como la de los Almo-



ravides que condujo Yussuf ben Tachfin, ó como la de los Almohadés que trajo Abdelmumen. Pero los preparativos de Abul Hassan eran mas lentos: dueño de Algeciras y de Gibraltar, diariamente iba trasportando á España algunas huestes de Africa, que el emir granadino acogia benévola y aun los animaba á la guerra santa contra los cristianos. Necesitábase que amenazaran de tiempo en tiempo estos grandes peligros para que se uniesen los principes españoles y despusiesen sus particulares querellas y rivalidades. Asi aconteció en los tiempos de Alfonso V., sin lo cual no hubieran vencido en Calatañazor; asi en los tiempos de Alfonso VIII., sin lo cual no hubieran triunfado en las Navas; asi ahora tambien, en que el comun temor unió á los reyes de Castilla, Aragon y Portugal, para resistir al enemigo tambien comun, de quien se decia que comenzaria la guerra por Valencia, para que lo primero que se rescatara fuese lo último que se habia perdido. Alfonso XI. de Castilla congregó sus córtes en Burgos á fin de obtener algunos subsidios; el aragonés alcanzó del papa que le concediese el diezmo de las rentas eclesiásticas que acostumbraba á otorgar para las guerras contra infieles, y los reyes de Castilla y de Aragon se convinieron en enviar cada cual una flota al estrecho para impedir el desembarco de los musulmanes: la del aragonés constaria de la mitad de las naves de las que enviara el de Castilla. Dióse el mando de la armada castellana al almirante Jofre de Tenorio.

Partió, pues, el primero de Sevilla el rey Alfonso XI. con don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, don Juan Alfonso de Alburquerque, el infante don Juan Manuel y don Juan Nuñez de Lara, ya reconciliado con él, y con muchos otros caballeros, conduciendo diferentes cuerpos de las órdenes militares y de los concejos, formando todos un lucido ejército. Entráronse resueltamente por las tierras de los moros, recorriendo las comarcas de Antequera, Archidona y Ronda: muchas poblaciones encontraban desiertas, porque los moros se habian refugiado, unos á las breñas, otros á las plazas fuertes: talaban los cristianos campos y pueblos, y con gran botin se volvieron por entonces á Sevilla, al tiempo que la armada de Aragon, compuesta de doce galeras al mando del almirante Gilabert de Cruyllas, llegaba al estrecho y se unia con la escuadra castellana. Era el otoño de 1339. Quedaron don Fernando Perez de Portocarrero en Tarifa, don Fernando Perez Ponce de Leon en Arcos, don Alfonso de Biezma, obispo de Mondoñedo, en Jerez, y con el mando general de la frontera el gran maestre de Alcántara don Gonzalo Martínez de Oviedo. Tuvo este algunos reencuentros ventajosos con las huestes de Yussuf el de Granada: las escuadras combinadas permanecieron en el estrecho todo el invierno, y sin embargo no pudieron impedir que siguieran desembarcando africanos. Hablábase de los formidables preparativos que continuaba haciendo en